

## La resurrección de Leviatán\*

Gerardo Ávalos Tenorio\*\*

El Estado no ha perdido importancia, no ha sido desplazado de su lugar preeminente en la organización de la vida social; es fundamental en la mundialización y ni las grandes empresas transnacionales ni el Fondo Monetario Internacional ni el Banco Mundial ni las Organizaciones No Gubernamentales ni la sociedad civil pueden ocupar adecuadamente el lugar del Estado. He ahí la tesis que sostiene Jaime Osorio en este su nuevo libro que se suma, hay que decirlo, a varios otros publicados por el autor recientemente.

Demostrar esta tesis requiere un esfuerzo teórico de una considerable amplitud y exhaustividad, sobre todo, si lo que se pretende es hacerlo desde un horizonte crítico de raigambre marxista. Es así que se entienden las razones por las cuales el autor realiza, en la primera parte, una esmerada revisión de las herramientas conceptuales básicas para emprender la comprobación de la hipótesis principal del texto. Y así, paso a paso, los lectores somos conducidos por el laberinto del concepto de Estado formulado desde la base de una certidumbre que le da un cariz de nostalgia pero también, paradójicamente, de originalidad

\* Comentarios al libro de Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, México, FCE, 2004.

\*\* Profesor-investigador. Departamento de Relaciones Sociales. UAM.

y renovación: las clases sociales no sólo existen como agrupamientos diferenciados de aquello que llamamos *sociedad* sino también y sobre todo como fuerzas antagónicas conformadas sí por el proceso de producción material de la vida, pero sobre todo, por la relación de poder y dominación que se establece entre ellas. Desde esta matriz el Estado es considerado como una condensación de fuerzas sociales. Se dirá que éstas tienen múltiples escenarios de condensación y el Estado tan sólo sería uno de ellos cada vez con menor importancia. A ello, Osorio responde: "La red de relaciones de poder que se extiende por todo el cuerpo de las relaciones sociales presenta jerarquizaciones en cuanto a su condensación, siendo el Estado la fundamental" (p. 33). La especificidad del Estado como condensación de fuerzas consiste en su carácter de poder político. Dicho con otras palabras, el Estado no es cualquier condensación de fuerzas sociales sino únicamente la que se establece entre las clases dominantes y las clases dominadas. Relaciones de poder existen muchas, pero sólo la que se establece entre las clases sociales es la que alcanza la jerarquía de poder político y, entonces, el rango del Estado. Es éste el Estado invisible porque no presenta sino un acceso mediado por el pensamiento.

Existe, sin embargo, el "Estado visible" constituido por el aparato de Estado que es "una organización jerarquizada de instituciones, reglas, leyes y de personal". Al personal que ocupa las posiciones cúspides dentro del aparato de Estado se le llama "clase reinante", concepto éste que alguna vez usó Poulantzas pero que Osorio recupera para darle un giro y proponerlo en un sentido levemente distinto. En efecto, la "clase reinante" no es la clase política porque en esta última no sólo están aquellos que ocupan los lugares decisivos en la conducción del aparato estatal sino también los que desempeñan algún papel en la "escena política" como los parlamentarios, los jueces, los dirigentes de los partidos políticos, etcétera. De este modo, se establece una distinción entre la "clase dominante", "la clase política" y la "clase reinante", distinción necesaria toda vez que, en el capitalismo, los que dominan en el plano social (y económico) no gobiernan de manera directa e inmediata. Este suceso se debe sobre todo a que en la época moderna el Estado se presenta como una "comunidad ilusoria" destinada a representar el interés general y, diríamos, a salvaguardar el bien común. Así, el personal que manda en el aparato estatal puede incorporar miembros de la clase dominante y también de las clases dominadas, pero ni una ni otra pueden gobernar en cuanto clases. Es común, dice Osorio, que sea la pequeña burguesía la "clase mantenedora del Estado", porque es ésta la que proporciona el principal sostén del reclutamiento del personal del aparato de Estado. Después de estas cuidadosas y pormenorizadas distinciones queda claro que las clases sociales no actúan de manera directa e inmediata en el ámbito del aparato de Estado: hay un proceso de representación que hace las veces de mediación, filtro y distorsión de los intereses de clase para que puedan alcanzar el rango del Estado. Con esto, Jaime Osorio responde a las

tres preguntas básicas de la ciencia política desde los tiempos de Platón y Aristóteles: ¿quién gobierna?; ¿cómo gobierna?; ¿para quién gobierna?

Con todo lo avanzado ya tenemos los fundamentos para comprender que el Estado mantiene el lugar central en la organización de la sociedad capitalista y, en consecuencia, también en el proceso de globalización o mundialización como le gusta decir a Osorio. En efecto, consciente de todas las transformaciones que en la lógica de la reproducción ampliada del capital se generan actualmente, lo que constata con números, datos y porcentajes reveladores, el autor da cuenta de que lejos de declinar la importancia del Estado, éste, tanto en su dimensión “visible” como, sobre todo, en su aspecto “invisible” sigue cumpliendo y afianzando su lugar de condensación de fuerzas sociales. Sí hay cambios, desde luego, en el plano del aparato estatal, tanto en las funciones que desempeña como en el personal que lo administra y maneja. Pero son cambios que pueden ser comprendidos perfectamente desde la noción del Estado como condensación de fuerzas sociales.

Uno de los aportes más importantes del libro de Osorio es, a mi juicio, el que toma como eje la cuestión de la soberanía de los Estados latinoamericanos en la época de la globalización. Se sabe que una de las tesis más difundidas en el presente consiste en sostener que los Estados pierden soberanía frente al poder del mercado. Pues bien: a pesar del innegable incremento de poder de las grandes empresas globales, éstas siguen teniendo bases territoriales definidas donde se toman las principales decisiones respecto de sus actividades y adonde van a parar las ingentes cantidades de ganancias que producen a lo largo y ancho del mundo. Jaime Osorio no habla de la empresa global, basada en la fábrica mundial pero con concentración de decisiones estratégicas en el centro imperial, y ligada horizontalmente en la cúspide del sistema económico con los circuitos financieros globales. Sí señala, y con ello sale al paso de las célebres tesis de Negri y Hardt, que el imperio sí tiene lugares de asentamiento y no es ningún espectro que deambula por el mundo y está en todas partes y en ninguna. Y he aquí que Jaime Osorio se atreve a despertar a los muertos, como dice Benjamín que le sucede al ángel de la historia, para recomponer lo despedazado. Nuestro autor recupera la teoría de la dependencia pero la renueva con una estrategia discursiva a un tiempo sagaz y esforzada: toma uno a uno los desarrollos más importantes de quienes consideran que la mundialización hace irrelevante el recurso teórico a la distinción entre economías centrales y economías dependientes, y les va oponiendo argumentos sólidos apoyados en datos contundentes referidos sobre todo a América Latina. El resultado es que uno termina por convencerse de la existencia de Estados nacionales subalternos dentro de una lógica imperial.

La cuestión que a mi juicio sigue quedando pendiente es si el concepto de Estado avanzado por el autor en la primera parte se mantiene inalterado para el caso, más concreto y específico, de los Estados nacionales subalternos. Se podría decir que así es,

en efecto, pero a condición de pensar que en esa suprema condensación de fuerzas, que es el Estado, ingresa con todos sus fueros la fuerza política del centro imperial. Y entonces sí se estaría en vías de comprensión de aquella “soberanía restringida” que caracteriza a todos los Estados latinoamericanos. Quizá más que hablar de “soberanía restringida”, concepto que causa problemas en cuanto al significado preciso de la soberanía (poder supremo de hacer leyes encima del cual no hay ningún otro poder), hablaríamos, con un neologismo, de “subveranía” como aquel supremo poder de los Estados subalternos al interior de sus territorios, pero que se encuentra subordinado al poder de la empresa global y al poder del centro imperial, dependiendo de la posición geoeconómica y geopolítica (por tanto, geoestratégica) que ocupe. Pero Osorio habla de soberanía restringida de nuestros Estados y destaca que ésta ha sido, salvo excepciones, una condición endémica de nuestra región. Este es un ejemplo elocuente de la fuerza que tiene el texto de Osorio en cuanto discurso elaborado desde América Latina, discurso revelador, sin duda, frente a visiones eurocéntricas y colonialistas que abundan en esta época.

Quisiera expresar, por último, que el libro de Osorio trata algunos temas de forma tal que quedan abiertos para la polémica. No es un mérito menor. Tomo dos de éstos porque me parecen los que más se prestan para invitar a la lectura de este trabajo. El primero es el de la sociedad civil y el segundo el del poder.

En cuanto al concepto de sociedad civil Osorio lo refiere sobre todo a Antonio Gramsci aunque dice ser consciente de que antes del revolucionario italiano hubo tratamientos serios sobre el tema. Lo que personalmente eché de menos no es que Osorio no tratara a Hegel en cuanto filósofo del tema de la sociedad civil (pues, por ejemplo Cohen y Arato lo “tratan”, es decir, lo “incluyen” pero no lo recuperan efectivamente) sino que el método de “ese gran pensador”, es decir, la dialéctica, quedara completamente fuera del tratamiento de la vinculación entre el Estado y la sociedad civil. Al no recuperar esta dialéctica Osorio se queda atrapado en una mera constatación de la dicotomía “Estado” por un lado, “sociedad civil” por otro. Esto se pone de manifiesto inclusive en los esquemas de las páginas 216 y 217 en los que el Estado y la sociedad civil se plantean como incluidos uno en el otro pero siempre separados. Si se hubiera recurrido a la dialéctica se hubiera podido pensar en el Estado como un proceso relacional y, como tal, constituido por momentos que se superan, es decir, momentos que al devenir recuperan lo inferior y lo pasado, y, negándolo, lo afirman en un rango superior y presente. La sociedad civil, por ejemplo, sería un momento intermedio entre la familia y el Estado Político, y en cuanto momento intermedio está destinada a ser superada en el Estado Político. Traducido esto en términos diáfanos, esto quiere decir que todo lo que ocurra en la sociedad civil está preñado de política y que debe adquirir el lenguaje de la estatalidad para incluso poder acreditarse como sociedad civil. Mantener separado el Estado respecto de la sociedad civil, así, mecá-

nicamente, sin referirlos a momentos de un mismo proceso, con la intención básica de captar las diferencias entre las dictaduras, las democracias, los autoritarismos y, diríamos, las poliarquías, hace que el esfuerzo de análisis retroceda a la confusión entre el Estado y el aparato estatal. Ello es muy grave porque todo el esfuerzo de abstracción que se ha hecho para comprender al Estado como condensación de fuerzas sociales, se echa por la borda al pensar que el Estado invisible tiene fronteras en cuanto actividades, funciones y esferas de acción. El Estado del que la llamada sociedad civil se diferencia, sería, si fuera el caso, el aparato estatal, pero jamás podría ser el Estado entendido como condensación de fuerzas. El caso del Estado totalitario, que Jaime Osorio no trata, sigue representando el ejemplo típico tanto de negación de la política como del Estado mismo, puesto que el Estado (y sus análogos históricos) siempre ha sido concebido como proceso de unificación de lo diverso, común unidad de lo dispar, asociación de lo heterogéneo.

También eché de menos el uso de la dialéctica en el estudio de la categoría "poder" en cuanto tal. Y es que el poder, como relación social, no sólo implica resistencia, pues eso ha sido puesto de manifiesto ya muchas veces y en muchos trabajos; implica también la posibilidad, en armonía con la dialéctica del señor y el siervo de Hegel, que fuerzas infernales (por subterráneas e invisibles) sean las verdaderas determinantes del proceso social y con ello del orden político. La forma de relaciones humanas mediadas por el valor de cambio trae consigo una manera de expoliación cotidiana y permanente porque se reproduce a partir de las necesidades, los deseos y el consumo mismo. La tendencia del capital es convertirse en un "fenómeno de la naturaleza". Ahí radica la causa fundamental de que los mensajes de los medios de comunicación de masas sean creídos o que los dominados voten libremente por los representantes de sus dominadores. Sin esta dimensión tenebrosa y obscena del poder resultan incomprensibles una gran cantidad de fenómenos que vemos pasar ante nuestros ojos y que, en conjunto, han sido subsumidos en la idea de posmodernidad.

Con todo, el libro de Jaime Osorio es altamente recomendable, especialmente para las nuevas generaciones que tienen en sus manos, o mejor dicho, en sus sentimientos, en sus afectos y en sus pensamientos, la posibilidad, al menos eso, de recuperar la política perdida. Sin el uso crítico de la razón, nutrida por ideas como las propuestas por Jaime Osorio, aquella posibilidad se desvanece.